

Rusia y China, comparadas*

Rafael Poch



He vivido en Moscú la mitad de mi vida adulta, aquí nacieron mis dos hijas, así que mi relación sentimental con esta ciudad es fuerte. En las horas que llevo en Moscú, tras más de dos años de ausencia, he sido sacudido por varias emociones. La principal de ellas, sin duda, el recuerdo imborrable de Ricardo Ortega, compañero corresponsal en esta ciudad, el mejor cronista de Chechenia, desgraciadamente muerto en Haití el pasado marzo. Ha sido una pérdida verdaderamente irreparable. Todos los que le conocimos la sentimos profundamente.

No voy a hablarles de mi libro que hoy presentamos. Léanlo, si tienen paciencia, y critíquenlo. De lo que les hablaré será de la comparación de los procesos de transición en Rusia y China, de algunas ideas que formarán parte del prólogo a la edición China de este mismo libro, prevista para dentro de seis meses en Shanghai. Así que permítanme unas palabras al respecto.

China y Rusia están unidas por la grandeza de los procesos que han atravesado en el cambio de siglo. Aquí el gran hundimiento de la Unión Soviética, sobre cuya importancia no es necesario extenderse, pero, ¿qué está pasando en China? ¿Qué se dirá que ocurrió allá dentro de, digamos, cien o ciento cincuenta años? Desde luego, mucho más que un gran desarrollo económico sostenido durante veinte o treinta años. ¿De qué se trata? Pues se trata de lo siguiente:

Por primera vez en la historia de la humanidad, en el siglo XXI los habitantes de las ciudades serán mayoría en el planeta. La urbanización comporta verdaderos «cambios hormonales» en el organismo social; desaparece, o se disuelve, la lógi-

ca patriarcal, y las relaciones humanas del mundo agrario dan lugar a otra cosa y todo eso tiene grandes repercusiones en lo político. Todos ustedes saben de lo que estoy hablando, así que no me voy a extender. Lo que hay que comprender es que China está en el centro de esa gran transformación planetaria, cuya perspectiva es más de milenio que de siglo. En los últimos diez años, aproximadamente tres veces la población de España ha dejado de ser rural para convertirse en urbana en China. Y en los próximos dieciséis años los planes oficiales (que en China se cumplen), prevén que entre 300 y 400 millones de campesinos dejarán de serlo. Y como cada habitante urbano chino consume 2,5 veces más energía que su compatriota campesino, el problema de la sostenibilidad —que, naturalmente, no es un problema chino, sino global— se nos plantea con toda su crudeza... China está en el centro de todo eso.

Una vez situado el gran contexto voy a entrar en algunas diferencias manifiestas en la situación de los dos países. En primer lugar cuatro diferencias que actúan a favor de China y en desventaja de Rusia, diferencias que ayudan a entender por qué en China las cosas marchan bien, mientras no se demuestre lo contrario, y por qué en Rusia van mucho peor, porque todos sabemos que el actual crecimiento económico ruso es un mero resultado de la coyuntura de precios del petróleo.

En términos generales hay que decir que el secreto del éxito de los chinos, como el de todas las transiciones desde un postestalinismo a una economía de mercado, está siendo la estabilidad institucional. Sin fortaleza institucional, sin estabilidad política, ya sea obtenida por medios autoritarios o democráticos, no hay éxito posible. Esa estabilidad es el hilo conductor que engarza las cuatro diferencias que China tiene a su favor. Esas diferencias son:

* Conferencia con motivo de la presentación en Moscú del libro, La Gran Transición, Rusia 1985-2002.

En primer lugar, un menor nivel de degeneración de la clase política, de la «estadocracia». La actitud de la clase dirigente hacia el capitalismo y la privatización han sido sensiblemente diferentes en ambos países. En Rusia, la desmesurada codicia observada está en línea con el nivel de degeneración, de emancipación burocrática sin cortapisas institucionales y de total despolitización, que siguieron a la muerte del estalinismo. Esa libertad y ausencia de gobierno responsable facilitó mucho las cosas a la reconversión social de la «estadocracia» rusa, a su transformación en un conglomerado propietario. Los intereses nacionales más básicos fueron sacrificados por completo a esa operación egoísta de asalto al patrimonio nacional.

En China esa misma tendencia del funcionariado administrador hacia la propiedad, se ha visto suavizada, limitada o contenida, por un cuadro de menor degeneración de la clase política a causa de: a) una mayor fortaleza institucional (se mantiene a todos los niveles una línea de poder administrativo paralela a la del partido, lo que da cierto juego de mutuo control, hay instituciones poderosas dedicadas al control de la burocracia, como la Comisión de Control del Comité central), b) una política de cuadros que tiende a promocionar los talentos y a poner ciertos límites a los corruptos e incompetentes, y c) una mentalidad más patriótica y responsable hacia el destino del país.

La segunda diferencia es la actitud hacia el pasado. En China, Mao, fundador de la República, revolucionario y emperador, aún en su persona las figuras que en Rusia corresponden a Lenin y Stalin. Por muchas que fueran sus responsabilidades en la mortandad del «gran salto adelante» y en los excesos de la «revolución cultural», seguramente siempre pasará ante los chinos como el hombre que puso en pie a una nación que vivía de rodillas humillada. La continuidad simbólica no ha tenido mayor problema, ni siquiera cuando, con Deng Xiaoping, la «estadocracia» apostó por una línea política que es todo lo contrario de lo que Mao predicó. La figura de Mao se ha salvado diciendo que el 70% de su gestión fue positiva y el 30% negativa, las instituciones mantienen su nombre y sus símbolos originales y los dirigentes se presentan como «continuadores» de los esfuerzos de las anteriores generaciones y herederos de Sun Yatsen, Mao Tsetung y Deng Xiaoping en la sagrada vía del desarrollo de China.

Con una transición mucho más radical en su contenido, más patriótica en su propósito y más tradicional-conservadora en su forma, como ha sido la china, Rusia podría haber hecho algo parecido (aunque para valorar a Stalin hubiera tenido, como mínimo, que invertir los porcentajes de la valoración china de Mao). Para ese «escenario chino» en Rusia, Andropov fue, seguramente, la gran ocasión perdida y los últimos estudios de sus archivos parecen confirmarlo cada vez más.

A favor de China actuó también el hecho de que Mao, en general, no eliminó a sus adversarios, sino que los degradó y envió al campo a «reeducarse». Eso permitió regresar al poder a Deng Xiaoping, mientras que la actitud más criminal de Stalin hacia sus adversarios cortó la vía a un regreso del fusilado Nikolai Bujarin.

En Rusia hay una seria incapacidad para observar sobriamente el período soviético. Unos lo ven como un «error de la historia» en el que «los bolcheviques» apartaron a Rusia de la «civilización». Otros, como un período glorioso en el que el país se convirtió en la «imperial vanguardia de la humanidad». Los dos puntos de vista vienen unidos por la misma falta de sobriedad. La «intelligentsia» liberal comenzó la cruzada de expulsar de la historia al período soviético en los ochenta y la televisión oficial continúa hoy, casi 20 años después, con ese mismo discurso. Esa actitud es francamente contraproducente para el desarrollo, porque es evidente que la URSS tenía algunos logros y grandezas, de los que citaré solo cuatro, con los que, seguramente estarán de acuerdo todos ustedes: su papel de contrapeso en el equilibrio mundial, tan necesario ahora con el infame Presidente Bush y su agresivo integrismo imperialista, su gloriosa victoria de 1945, la «revolución cultural y educativa», que dio a este país un nivel de educación de los más avanzados entre los países más desarrollados del mundo y que hoy es uno de los principales impedimentos para una eventual «tercermundización» de Rusia, y la convivencia entre toda aquella polifonía de naciones, y tradiciones religiosas y culturales que la URSS contenía. Descalificar a la ligera todo eso, es una gran necedad y así lo entiende la gente común en Rusia, no así muchos de los actuales «comisarios de ideología» y charlatanes de su televisión...

En cualquier caso, en la Rusia actual hay una incapacidad notable en la comprensión histórica de la Revolución de Octubre, no como el paso del «capitalismo» al «socialismo», sino

como la solución a un problema que Rusia tenía planteado desde bastante antes de 1917: el problema del paso de una sociedad tradicional a una sociedad moderna industrial que la revolución resolvió. Sin comprender esa situación, es muy difícil entender no ya el período soviético, sino los problemas del presente; encarar la búsqueda de un modelo de desarrollo «postindustrial» eficaz y apropiado. La actual actitud hacia el pasado no hace más que desmoralizar a la sociedad, instalarla en los «dolores y pesares del declive», confundir su biografía con un ejercicio masoquista y nihilista que no tiene nada que ver con una crítica seria del pasado estalinista. Y sin una actitud seria hacia el pasado, simplemente, no hay futuro.

Entramos así en la tercera diferencia a favor de China que es la **estrategia de la «democratización política»**.

La obsesión por la ideología al tratar de países «socialistas» (heredada de la industria intelectual de la guerra fría), ha creado muchas miopías. Una de ellas es la considerar heterodoxa y extravagante la vía china en materia de derechos y libertades políticas. En realidad, China está siguiendo la vía clásica en materia de democratización política.

La fórmula clásica ha sido; primero liberalismo económico, y después, una vez alcanzado determinado nivel de prosperidad, democratización política. Ésa fue la vía histórica de Occidente, abierta con la ayuda de importantes presiones y convulsiones sociales.

En el siglo XIX más de la mitad de la población adulta de la Europa liberal no tenía derecho a voto por diversas restricciones del censo, vinculadas a la propiedad u otros aspectos, y porque las mujeres no podían votar —pudieron hacerlo por primera vez en 1905 en Finlandia.

La misma fórmula clásica se ha aplicado este siglo en los países de Asia Oriental (Japón, Corea y Taiwán) y sudoriental. Por el contrario, en India, en los países africanos y latinoamericanos formalmente «democráticos», donde ese esquema no se aplicó, la democracia se convierte casi siempre, en un aspecto secundario y caricaturesco que es engullido por el panorama social. Aquí la conclusión es que China, donde hay cada vez más libertad y también, por desgracia, desigualdad social, sigue la vía clásica occidental, que ha tenido claros éxitos en Japón, Corea, Taiwán y otros países asiáticos, mientras que Rusia ha seguido más bien el modelo latinoamericano-africano.

Finalmente, la cuarta ventaja de China tiene que ver con algunas de las características de su régimen político.

En China hay un régimen autoritario de partido único que no pretende ser una democracia ni un estado de derecho, y que reconoce mantener un enorme nivel de abuso y brutalidad en el ejercicio del poder, con pena de muerte, censura y tortura. Al mismo tiempo, ese régimen ve y afirma la necesidad de evolucionar hacia un «gobierno basado en la ley» («Fazhi»), contrapuesto a su actual condición de «gobierno basado en la autoridad personal» («Renzhi»). El reconocimiento de la necesidad de evolucionar y mejorar, da al régimen un vector de apertura y una perspectiva de evolución, que se echa a faltar en Rusia. Aquí en Rusia, la tendencia del régimen político es, al revés, a involucionar, a restringir el pluralismo adquirido con Gorbachov, a incrementar el control, a cerrar. Esa tendencia está bien presente en el gobierno del Presidente Putin y es bien conocida.

Otro aspecto es la corrupción. En China hay una corrupción en aumento. En diez años se ha pasado de ocupar los últimos puestos en la lista de cien países en nivel de corrupción a ocupar el puesto 57, al lado de Argentina, Egipto, Letonia, Tailandia y Turquía. Pero su ventaja respecto a Rusia es que también hay lucha contra la corrupción. En los últimos cinco años, los tribunales chinos condenaron a 83.000 funcionarios corruptos. Periódicamente se da cuenta de detenciones ejemplarizantes de funcionarios. En mayo la prensa informó del encarcelamiento del ex jefe del Partido en la provincia de Guizhou. En febrero el ex vicegobernador de otra provincia (Anhui) fue ejecutado. En junio el auditor general informó de casos de malversación de fondos en 41 de los 55 departamentos del gobierno inspeccionados, con 170 millones de dólares desaparecidos, entre ellos 16 millones en el Comité organizador de los juegos olímpicos de Pekín. Gran parte de quienes figuraron hace unos años en las listas de las revistas económicas internacionales como los «hombres más ricos de China», se encuentran hoy entre rejas...

Todo esto no quiere decir que la corrupción sea un problema «controlado» en China. Lo que quiere decir es que ser corrupto comporta allí riesgos muy serios. Nada de ese estilo ha ocurrido nunca en Rusia. Ni con Yeltsin ni con Putin ha habido nada remotamente parecido a lucha contra la corrupción.

Rusia y China, comparadas

Y, finalmente, está esa sensación de «buen gobierno», que los chinos imprimen en tantos aspectos de su gestión. Una explicación puede ser el mecanismo de ascenso de talentos hacia los puestos de mayor responsabilidad en el gobierno y en el partido, al que ya me he referido. Otra, el proceso de toma de decisiones, muy colectivo y muy asesorado.

En la China actual, los dirigentes celebran regularmente «sesiones de estudio» a las que asiste todo el Politburó, con el secretario general, Hu Jintao, en cabeza. Las sesiones se dedican a un tema monográfico (por ejemplo, el «gobierno de acuerdo a la ley», la corrupción, estrategias para el comercio exterior o para la política exterior hacia Rusia) en el que expertos de la Academia de Ciencias, de los institutos vinculados al gobierno o de la Escuela del Partido adjunta al Comité Central, exponen sus tesis y informes. Los dirigentes hacen preguntas, toman apuntes y sacan conclusiones que redundan en una política de mayor calidad. Nada parecido existe en Rusia, donde, por ejemplo, el Instituto de Economía de la Academia de Ciencias, ya diagnosticó bastante bien en 1992 los errores de la política económica sin que se le hiciera el menor caso.

Para terminar, y evitar también que nos quedemos deprimidos ante los éxitos del vecino, éxitos que informan sobre nuestros propios desastres y fracasos, quiero practicar el ejercicio inverso y recordarles tres claras ventajas que Rusia tiene sobre China.

La primera es la relación población/recursos, que en Rusia es, sencillamente, excelente, especialmente observada desde China, con su catástrofe demográfica y su gigantesco proceso de urbanización y aumento de consumo de recursos agotables. Ustedes deben ser conscientes del privilegio que tienen e ingeniárselas para sacarle el máximo partido, en todos los sentidos.

La segunda consideración a favor de Rusia es que la posición de China en la globalización es crítica. China es cada vez más dependiente de procesos económicos y comerciales cuyas riendas no controla. Esto merecería una larga disgresión, pero me limitaré a señalar que de las 500 grandes empresas multinacionales, los amos de la «globalización», sólo 58 (el 12%) son asiáticas, y de ellas 46 son japonesas... Al lado de eso, la autosuficiencia de Rusia brilla como enorme ventaja. En caso de una crisis general del capitalismo, Rusia podría mantenerse sin

grandes cataclismos, mientras que en China me parece que los riesgos serían mucho mayores.

La tercera ventaja de Rusia es la ausencia de «estadocracia». Aquella clase política absolutista, «nomenclatura», el nombre es lo de menos, que concentraba y monopolizaba las funciones vitales del sistema (poder político, propiedad, ideología, dirección y organización del sistema), ha desaparecido en Rusia. Lo que hoy tenemos es algo manifiestamente diferente, un conglomerado burgués-burocrático, que, naturalmente, con Putin sueña en recrear aquella posición absoluta de antes, pero la impresión es que ya nunca volverá a ser lo mismo. Esta mutación es fundamental para la sociedad, porque crea condiciones para el desarrollo de una sociedad civil, para la autonomía social necesaria para que la democracia (una planta que la sociedad civil debe regar diariamente) no sea una estructura hueca, un mero decorado, como casi lo es ahora en Rusia.

En China, todo ese poder, el Partido Comunista y su monopolio, que hemos descrito como el fundamento y la garantía de la estabilidad y del desarrollo, se convertirá, tarde o temprano, en impedimento, si no hay una reforma política, que puede ser un asunto quizá a veinte años vista, quizá menos lejano, pero en todo caso un asunto pendiente de la modernización.

Los dirigentes chinos afirman que el tránsito de los 1000 dólares de renta anual per cápita, a los 3000 dólares, es decir del nivel actual de rentas al nivel previsto para el año 2020, es un período crítico en el que la estabilidad es inviable sin puño de hierro. Su sugerencia es que el autoritarismo es condición de una democratización a medio y largo plazo. Pero todo eso está por ver. Uno no demuestra que sabe nadar (renunciar al monopolio de poder) hasta que se tira al agua...

Así que en Rusia, ahora, es la sociedad la que debe tomar la palabra y llenar de contenido todo lo que aquí suena a hueco, a mera fachada democrática y hoja de parra del tradicional *samovlastie*. No tengo ninguna duda de que dentro de unos años, la democratización política y social volverá a ser actual en Rusia. La mirada crítica hacia estos últimos veinte años será entonces algo importante para la gente joven. Si mi libro, o los libros de gente como Roi Aleksandrovich aquí presente, llegan a ser útiles en ese contexto, el objetivo habrá sido cumplido con creces.